

autografía

Una constelación más

LUNA GUTIÉRREZ

Tu también fuiste,
eres y serás mi mundo.

PRÓLOGO

Roma

—Prométeme que no vas a romperme —giré mi cabeza y me encontré con sus ojos verdes, aunque con la escasa luz que había, apenas podía diferenciarle el iris de las pupilas —por favor.

—Nunca pequeña, te lo prometo —se acercó hacia mí para darme un beso en la nariz y cerré los ojos ante el placer de su contacto.

Me sentía protegida por fin, había estado evadiendo mis sentimientos demasiado tiempo por miedo a que me volvieran a hacer daño.

Pero llegó y aunque odié que interrumpiera en mi vida de esa manera y destrozara todo lo que había logrado construir yo sola, ahora no podría imaginar una vida sin él.

Es mi refugio.

Roma

Las estrellas brillaban ante mis ojos. Venir a verlas se había convertido en mi hobby favorito. Dejé de vivir a simplemente existir y mirar las estrellas era lo único que podía hacerme sentir viva.

Pensé en todo, pero sobre todo pensé en él.

Sigo sin encontrar el momento exacto en el que me rompió, en el que me construí la barrera para que nadie pudiera pasar.

Él me destruyó, me dejó indefensa, débil y todo cuando más lo necesitaba.

Fue la persona que más quise y que lo sabía todo de mí, y ahora... ahora no me quedaba nada, no le tenía a él, no tenía su voz, sus abrazos y sentía que me había vaciado por completo.

Mientras miraba al cielo, una estrella fugaz pasó delante de mis ojos.

Pide un deseo.

—Deseo volver a ser feliz—dije, más para mí que para quien sea que me estuviera escuchando.

Los acordes de “*another love*” empezaron a sonar. Me quedé quieta, observando más allá del cielo, de las estrellas, intentando buscar un refugio mejor.

La canción se acabó y decidí que ya era hora de irme a casa. Recogí la manta en la que estaba tumbada, la guardé en mi pequeña bolsa y me puse los cascos para desconectar del mundo en el camino a casa.

—Buenos días dormilona —sentí una ráfaga de luz y el leve tacto de mi madre para despertarme.

Creo recordar que llegué a casa y caí rendida en la cama. Últimamente no era capaz de dormir bien y solía llegar al final del día con un sueño terrible.

—Déjame dormir un poco más —gemí enfadada mientras me estiraba. Miré al techo y dejé salir un suspiro.

—Vas a llegar tarde, venga —mi madre me quitó la manta y me vi obligada a levantarme.

Se marchó de la habitación dejándome otra vez en mi calma. Me levanté despacio de la cama con la esperanza de no caerme al suelo y quedarme dormida otra vez.

Me vestí con unos vaqueros estrechos y una sudadera básica negra. En la mochila me metí un libro que estaba leyendo por si tenía algún rato libre y las cosas que iba a necesitar en clase.

—Tienes el desayuno en la cocina —señaló mi madre después de darme un beso en la mejilla.

—Gracias, te quiero —respondí dirigiéndome a la cocina.

Desayuné en silencio mi típica tostada y mi vaso con leche. Mi madre sabía que yo no estaba bien, todos eran conscientes de ellos, pero sabían las razones y ninguno solía forzarme a hablar sobre temas que no me sintiera cómoda o a hacer cosas que no quería. Todos menos Sophia, que se había empeñado en que tenía que salir más para superar los problemas... Ya la conoceréis.

Cuando terminé de desayunar, me lavé los dientes, me peiné, me puse las zapatillas, cogí una chaqueta y salí de casa.

De camino a clase recorría con la mirada todos los detalles: Los árboles apenas tenían hojas y el fuerte viento me golpeaba en la cara despertándome un poco más.

El cielo estaba teñido de gris y los pájaros apenas se escuchaban.

Siempre he sentido una especie de conexión con la naturaleza. Cuando yo estaba triste, el mundo también lo estaba. Y ahora que yo estaba vacía, los árboles también me acompañaban en el camino.

—Roma —Escuché la voz agitada de alguien detrás de mí y me giré.

Una mata de pelo negro y unos ojos azules que brillaban hasta en la distancia, se acercaban hacia mí.

Sophia, mi mejor amiga, la persona que siempre me ha ayudado y apoyado en todo. De la que os he hablado hace poco. La única que estuvo ahí cuando necesitaba apoyo, cuando él no estaba.

—Hola, amor —saludó mientras me envolvía en un fuerte abrazo que casi me deja sin aire.

—Cuidado que me matas —la separé riendo —¿Como estás?

—Bien, como siempre ¿Tú? —Sophia siempre desprendía una alegría que conseguía contagiar a cualquier persona que estuviera a su lado y eso lo apreciaba muchísimo porque es lo que más necesitaba.

—Bien... —contesté sin muchas ganas.

—No se te ve muy convencida...—me reí ante su respuesta, porque tenía que evitar la conversación como fuera.

En nuestro instituto, los edificios de infantil, primaria y secundaria estaban juntos, asique era bastante grande. Eran varios edificios blancos con tonalidades beige y grises, unas pistas típicas de película estadounidense y unas gradas.

En cuanto llegamos, Sophia se despidió de mí con un movimiento de mano y cada una se fue a su respectiva clase. Teníamos la mala suerte de que no nos hubiera tocado juntas, pero al menos ella era feliz con su clase...

Fui por el largo pasillo, hasta que mi clase apareció a mi derecha. Tenía historia a primera y lo que menos me apetecía a estas horas de la mañana era hablar con alguien, así que decidí sentarme sola.

Tenía amigos, pero llevaba un tiempo distante con ellos, simplemente porque no me sentía cómoda y quería cambiar de amistades.

Saqué mis libros, mi estuche y un folio para apuntar, pero la verdad es que ese día no escribí absolutamente nada. Fue sentarme y desconectar de todo.

—Roma Alease, atiende, por favor —La señora Soto me llamó la atención varias veces por estar distraída. Intenté mantener la concentración, pero me resultaba imposible. Estaba tan sumida en mis pensamientos, que volver al mundo real era un trabajo duro.

Después de cincuenta largos minutos, la clase acabó y me dirigí a mi taquilla. Allí me encontré a Sophia que me estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja.

Verás...

—¡Hola! Roma, que sepas que ya tenemos plan para mañana —dío palmadas de alegría y empezó a dar pequeños saltitos, parecía una niña pequeña.

—¿Ah sí? Y con quien si se puede saber —estaba conteniendo la risa por cómo se la veía de feliz, aunque no me hacía mucha gracia que tuviéramos planes, prefería quedarme en casa.

—Daniel, Cameron y...

Que no diga Leo, que no diga Leo, que no diga Leo.

—...Leo --Mi expresión cambió completamente. Cerré la taquilla de un golpe, creo que demasiado fuerte porque un grupo de chicas que había al lado se quedó mirándome —Que susto, Roma —soltó con una risa nerviosa.

—¿Sophia enserio?

—¿Qué pasa? —Se estaba haciendo la tonta, porque ella lo sabía perfectamente.

—No pienso quedar con ellos, no les soporto, ya lo sabes y menos a alguien en concreto —Cameron, Daniel y Leo, son el típico grupo de chicos populares, capitanes de algún equipo del instituto y con dinero. Pero al que menos aguanto sin duda, es a Leo. He tenido varias amigas que han salido llorando de su habitación mil veces por su culpa, no quiero dar detalles, pero es evidente que solo utiliza a las chicas para una noche y yo a ese tipo de chicos no les soporto.

—Venga Roma, no le hables si no quieres, solo ven a acompañarme —me agarró de las manos y empezó a dar pequeños saltos como hace unos minutos —Por favor... Es importante —Tenía que hacerlo por ella, es mi mejor amiga...

Está bien, vale. —pegó un grito ahogado y yo me eché a reír —Venga que vamos a llegar tarde a la siguiente clase.

Tenía economía y la verdad es que esa asignatura me gustaba bastante, el problema eran las personas que tenía en clase.

Entré y me senté en mi sitio de siempre, al lado de un chico castaño, de pelo liso, un poco largo que le tapaba la frente y unos ojos marrones que nunca me había parado a mirar bien. Cameron, uno del trío calavera, como yo los solía llamar. Sinceramente, el más soportable, aunque si es cierto que nunca he mantenido una conversación con él más allá de “¿Me prestas un bolígrafo?”

Detrás de mí se encontraba el más insoportable, Leo. Un rubio con rizos, que le caían ligeramente por la frente y los laterales. Éste la verdad es que es el que más intimidaba de los tres, a veces hasta me daba un poco de miedo tenerlo en asiento de atrás, porque me sentía demasiado observada.

—Buenos días. Sacar los libros y una hoja para escribir — anunció el profesor nada más entró en la clase.

Estaba un poco más despierta y pude prestar atención, aunque no tanto como la que me gustaría. De verdad que había algunos días que era bastante agobiante el notar la mirada del rubio en mi nuca. Vale, quizás deliro.

—Eh, rubita —una voz un poco ronca sonó demasiado cerca de mi oído.

Me giré y me asusté al ver que su cara estaba muy cerca de la mía. Soltó una carcajada y me miró de arriba a abajo.

—¿Me prestas un bolígrafo? —Miré su mesa y al ver que tenía uno ya, fruncí el ceño, lo que provocó que el también la mirara —No pinta —aclaró después de volverme a sostener la mirada. Tenía los ojos verdes y eran preciosos, pero su mirada me asustaba un poco.

Me giré y busqué en mi estuche un bolígrafo de sobra, tenía uno, pero no se lo iba a dejar, a él no.

—No tengo —dije volviendo a girarme. Me miró como si fuera estúpida.

—Ajá, ¿y eso que es? —preguntó señalando el bolígrafo azul que se asomaba por mi estuche.

Mierda.

—No pinta —mentí.

—Claro, y yo soy pelirrojo.

—Roma Alease y Leo Smith, ¿podéis compartir con la clase vuestra conversación? —el profesor nos llamó la atención haciendo que toda la clase se girase para mirarnos a nosotros.

—Claro profesor, Roma me estaba dejando un bolígrafo porque el mío se ha quedado sin tinta —me giré hacia él y le miré con cara asesina. Casi se ríe en mi cara.

—Bien, pues Roma déjale ya el bolígrafo y prestar atención a la clase —toda la clase estaba esperando a que le diera el dichoso boli a Leo, así que me vi más que obligada a dejárselo.

—Gracias, rubita —dijo. Suspiré frustrada y me giré para volver a prestarle atención al profesor.

Que apodo más feo.

Tuve una clase más y salí al recreo. Me senté en las gradas y allí esperé a Sophia mientras leía mi libro.

—Hola, Romita —la pelinegra se sentó a mi lado dándome un pequeño golpecito en el hombro.

—Por favor Sophia, no me obligues a ir mañana —supliqué y ella me miró vacilante.

—Uy... ¿Ha pasado algo? —preguntó entre risas.

—Leo es imbécil —dije mientras daba un bocado a mi sándwich.

—¿Y eso? —no se le quitaba la sonrisa tonta y me estaba empezando a hartar.

—¿De qué te ríes? —suspiré frustrada a lo que ella respondió con una carcajada —Me han llamado la atención en clase por su culpa y encima le he tenido que prestar... Bueno no, regalar, porque no me lo va a devolver, un bolígrafo —Sophia empezó a reírse como una loca y yo la miré con el ceño fruncido.

—No me lo puedo creer —dijo casi llorando de la risa.

—¿El qué?

—Don Bolígrafo no va a volver con su mamá —puso un puchero de broma y una voz un poco extraña. Puse los ojos en blanco.

—Roma, creo que le tienes un odio innecesario a Leo.

—¿Innecesario? ¿Te acuerdas de cuando Cloe vino llorando a mi casa porque Leo le había dejado tirada? —fue a hablar, pero la interrumpí —Ah, o cuando Alice nos dijo que había... eso, con Leo y luego le echó de su casa. Pero eh, es un odio innecesario.

—Roma, esas cosas pasaron el año pasado, las personas cambian y estamos en el último año de instituto, habrá madurado.

Y justo en ese momento vimos a Leo besándose con una pelirroja debajo de un árbol. Miré a Sophia, que se estaba pasando la mano por la cara.

—¡Bien! Tienes razón —soltó entre risas poniendo las manos en alto —Bueno, nos vemos luego. Adiós, rubita —se despidió marcando esa última palabra. La verdad es que me dejó un poco descolocada. Sophia nunca me había llamado así...

Sophia sabe cosas...

Roma

—No quiero hacer esto —le agarré la mano más fuerte. No soportaba las alturas y menos aún las atracciones.

—Venga pequeña, no es para tanto —dijo entre risas el chico de ojos verdes que tenía a mi lado —Tú no me sueltes, ¿vale? Yo te juro que no lo voy a hacer —Le miré con una sonrisa tonta y asentí, sabía que si estaba con él no me pasaría nunca nada.

La atracción empezó a bajar a toda velocidad y entonces...

Me levanté de un salto por el sueño que había tenido. No me acordaba apenas de él, solo de fragmentos separados, de unos ojos verdes, un parque de atracciones, de un “pequeña”...

Después de estar diez minutos mirando al techo e intentando recordar algo más del sueño, decidí levantarme. Hoy era el día en el que tenía que acompañar a Sophia con el trío calavera, por suerte para mí, era sábado y había podido descansar más.

Por lo visto el plan era comer con los chicos y luego ir a dar una vuelta por la playa, super divertido, nótese el sarcasmo.

Sophia me dijo que antes de ir se pasaría a buscarme para no aparecer sola. No me quejaba, agradecía que fuéramos juntas, lo último que quería era llegar y estar a solas con alguno de ellos.

Salí de la cama a regañadientes y me di una ducha rápida de agua hirviendo, sí, tenía esa mala costumbre. Me vestí con un top blanco, una chaqueta marrón que me llegaba por la cintura y unos pantalones color beige. En mi mata de pelo rubio me hice un moño un poco desordenado sacándome dos pequeños mechones por delante. Me eché un poco de rímel, me hice una raya del ojo finita y me puse un poco de colorete.

Bajé a desayunar y para mi sorpresa Sophia estaba allí, sentada en la mesa de mi salón, hablando con mi madre.

Sophia era como una hermana para mí y a su vez una hija para mi madre. La madre de mi mejor amiga, la tía Mer —como yo solía llamarla —y la mía, se conocían desde que eran unas crías y Sophia y yo... más de lo mismo. Somos las típicas mejores amigas de las películas que se conocen desde el día que nacieron. Muy cliché.

—Por fin, dormilona —¿Por qué todos me llaman dormilona? —Venga, que vamos a llegar tarde —me cogió de la muñeca y empezó a dirigirse hacia la puerta.

—Pero Soph, si son todavía las doce y media. Además, no he desayunado —me soltó la muñeca de mala gana y suspiró.

—Pues daté prisa, porque en media hora hemos quedado y tenemos que ir andando —asentí. Me acerqué a la mesa y le di un beso a mi madre en modo de “Buenos días”.

Sophia y mi madre no pararon de hablar mientras yo desayunaba. Sinceramente, no me estaba enterado de nada de lo que hablaban, como siempre, estaba en mi mundo.

No hablé apenas, solo cuando me preguntaban algo o se dirigían hacia mí.

—Terminé —anuncié al beberme el último sorbo de leche —
Me lavo los dientes y nos vamos —me fui a lavar los dientes y dos
minutos después ya estaba volviendo a entrar en el salón para irnos.

—Pasáoslo bien —dijo mi madre cuando estábamos yendo
hacia la puerta, yo sin muchas ganas —y dales una oportunidad
—dijo mi madre desviando la mirada hacia mí.

—Adiós Olivia —se despidió Sophia.

—Adiós Mamá —La pelinegra y yo salimos por la puerta.

—Sophia, ¿Qué sabes? —solté de repente, está me miró con
el ceño fruncido.

—¿Eh?

—¿Rubita...? —su expresión pasó de la confusión a una son-
risa pícara.

—Ah, no, no sé nada —dijo riéndose.

—Sophia...

—Vale, vale. Cameron le contó a Daniel lo de la clase de eco-
nomía, un poquitín celoso, un poquito solo ehh —soltó una car-
cajada —Y Daniel me lo contó a mí.

—A ver, a ver, rebobina... ¿Cameron celoso por lo de la clase
de economía?

—Así es.

¿Cameron?

¿Él de economía?

Imposible.

—Soph, ¿te puedo hacer una pregunta? —dije cambiando
de tema.

—Si claro, dime.

—¿Se puede saber porque tienes tantas ganas de quedar con ellos? —Sophia soltó una pequeña risa y lo entendí todo.

—¿Hay algo que no me has contado?

—Cuando volvamos a casa te cuento... —Sophia miró al frente y cambió su expresión.

—Pero...

—Shh, no digas nada más del tema —miré hacia donde estaba mirando ella y entendí porque me había mandado callar. Se estaban acercando a nosotras.

Daniel Evans, capitán del equipo de baloncesto del instituto, Es un chico bastante alto, yo diría que me saca una cabeza, aunque también puede ser que yo soy muy bajita. Es bastante atractivo, tiene el pelo castaño oscuro y los ojos azules, aunque no tan claritos como los de Sophia, son un poco más oscuros. Por lo que sabía vivía en una casa enorme en las afueras de Hertford y sus padres tenían bastante dinero.

Cameron Bills, no hace nada en concreto en el instituto para ser popular, pero pertenece al trío calavera y eso es más que suficiente para que la mitad del instituto, por no decir todo, le conozca. Es el más flaco del grupo y es un poco más bajito que Daniel.

Y luego, bueno... Leo Smith. Creo que ya le conocéis un poco y sabéis por donde va su rollo, pero os voy a contar un poco más sobre él. Siempre ha ido un poco más por su cuenta, pero era bastante popular en el instituto. Era rubio, con ojos verdes nácar. No sabía mucho más de él, solo que era un egocéntrico y siempre iba con aires de superioridad.

Cuando me quise dar cuenta Sophia ya había saludado a los tres y no tuve más remedio que copiar su acto. Fui de uno en

uno dándoles dos besos, pero sin tener mucho contacto. Pero cuando mi piel tocó la suya...

—Bueno... ¿a dónde vamos? — preguntó el chico de ojos azules.

—Conozco una hamburguesería de aquí cerca que está para chuparse los dedos. —anunció el rubio.

—No me gustan las hamburguesas —respondí yo con un hilo de voz.

Este me fulminó con la mirada de arriba abajo.

Me quiere asesinar, lo tengo claro.

—Pues te jodes, no se — volvió a hablar Leo.

Respira, respira, respira...

Imbécil.

Miré a Sophia como para pedirla que me sacara de allí, ella solo me lanzó una mirada de “por favor, aguanta un poco más”, yo asentí y suspiré derrotada, es mi mejor amiga, ¿qué voy a hacer?

—Roma, ¿conoces algún sitio que te guste por aquí cerca? —me preguntó Cameron después de echarle una mirada fulminante a Leo.

—No, la verdad —Leo soltó una carcajada.

¿Le mato?

—Vamos a la hamburguesería entonces —Por el rabillo del ojo vi cómo me miraba con una pequeña sonrisa de superioridad. Cuando le miré con una cara que yo creo que se percató de que quería matarle, negó con la cabeza, riéndose cómo no y apartó la mirada de mí.

¿Qué te hace tanta gracia, imbécil?

Como estuviera así toda la tarde juro que me arrancaría los pelos uno a uno hasta quedarme calva.

Fuimos a la hamburguesería y puedo jurar que fue el camino más aburrido de la historia.

Me tuve que limitar a mirar el camino, a observar el cielo y a morirme de frío, porque la chaqueta que llevaba no me estaba abrigando nada.

Daniel, Cameron y Sophia pasaron el camino hablando entre ellos, ella parecía haber congeniado muy bien con el trío calavera.

Leo en cambio, estuvo andando al lado mía, aunque con una distancia coherente, porque cada vez que notaba que se acercaba más a mí, yo me iba separando. Se que lo está haciendo todo a posta para cabrearme, pero que pare.

imbécil.

Roma

Sophia no había dejado de mirar a Daniel en toda la comida. Deduje que era él la razón por la que yo estaba aquí. Ella parecía estar pasándoselo genial, pero yo sinceramente, ya estaba un poco harta de tener que estar escuchando a Leo soltar comentarios sobre lo guay, lo guapo y lo maravilloso que era.

En cambio, Daniel y Cameron me habían tratado muy bien en lo que llevábamos de día y al instante me arrepentí de haberles juzgado tan mal, aunque tampoco les conocía lo suficiente...

—¿Entonces vais al último curso también, ¿no? — Preguntó Daniel mirándonos a mí y a Sophia. Aunque lo de esta última ya lo sabía, ya que iban a la misma clase.

Asentimos las dos a la vez.

—¿Tenéis pensado lo que queréis estudiar?

—Yo quiero ser actriz, siempre me ha gustado actuar y hacer el tonto inventándome guiones —Respondió Sophia con una sonrisa de oreja a oreja sin quitarle la mirada a Daniel.

—Yo he pensado en hacer derecho, aunque todavía no tengo muy claro si eso es lo que quiero hacer, pero de momento es lo que más me llama a atención—Respondí a la vez que me llevaba un